

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 288

Alicante 10 de Junio de 1876.

Año VII.

EL 16 DE JUNIO,

trigésimo aniversario de la elección
de Pío IX.

Este es uno de los días más grandes que cuenta la historia contemporánea de la Iglesia católica, uno de los días más memorables en los fastos del mundo, porque en él se cumplen treinta años que Pío IX fué elevado al sòlio más alto que se conoce en los límites de la tierra, á la silla de San Pedro. Y no es lo grande, lo extraordinario y portentoso que este Pontífice haya sido exaltado á tan eminente puesto; sino lo grande, lo extraordinario y verdaderamente maravilloso es que se cumplan treinta años desde su exaltación, privilegio no concedido por Dios á ningun Pontífice despues de San Pedro, y que acompañen á su reinado Pontificio tantas y por inmensos títulos notabilísimas circunstancias.

Pío IX sube al trono de San Pedro cuando en el mundo parece que se trama una conflagración general contra la esposa del Cordero. Desde el principio de su Pontificado comienzan las persecuciones, y á los treinta años ni han terminado, ni humanamente se columbran indicios de terminar. En todos los pun-

tos del globo se levantan enemigos y persecuciones contra Dios y contra su Cristo, persecuciones duras, persistentes, despiadadas. Abierto tenemos ante nuestros ojos el libro de la historia de nuestros días: ¿habrá acaso necesidad de registrar sus páginas para atestiguar el hecho que sentamos? No tiene necesidad de demostración ni de prueba lo que está á la vista de todos; y todos los que no cierran los ojos ven las amargas lágrimas que á torrentes derrama la esposa inmaculada á los golpes de sus hijos rebeldes y de sus duros é implacables perseguidores; y los que no cierran sus oídos oyen los dolorosos gemidos y lamentos que en todas partes exhala, en los más remotos climas, como en el norte, en el centro y en el mediodía de esta que se llama civilizada Europa; y lo que es más deplorable todavía... en nuestro propio suelo, en donde la espada de la lengua y de la palabra escrita tanto se ha esgrimido y esgrime en contra de verdades altísimas y venerandas.

Y Roma? qué es de Roma? El asiento del antiguo paganismo, sòlio despues de los Césares, trono de los Emperadores, convertido por un efecto del poder y de la misericordia divina en patrimonio de San Pedro, ¿qué carácter reviste hoy, qué aspecto ofrece á la vista del mundo

civilizado, del mundo católico? La Roma de hoy no es la de los Vicarios de Cristo: su rostro macilento, descolorido y extenuado por los padecimientos, pregona muy alto que algo ha pasado y está pasando por ella. Qué pasa? El mundo lo sabe, y las trompetas de la fama lo publican con tristes sonidos por todas partes, para que no haya nadie que lo ignore y deje de llorarlo.

Compadecemos á Roma y lloramos sobre ella, pero compadecemos más y lloramos más amarga y abundantemente por la triste é infausta suerte del Representante de Cristo en la tierra; lloramos, sí, porque vemos al Señor como siervo en su propia casa; lloramos, porque le vemos rodeado de hijos ingratos á los cuantiosos beneficios que de sus generosas manos recibieran; lloramos, porque vemos estrechado y comprimido por un cerco de hierro al que tiene autoridad divina sobre todas las potestades de la tierra; lloramos, porque sus padecimientos afligen y traspasan nuestro corazón de hijos fieles y sumisos á su paternal y divina autoridad; porque padecemos con sus penas y sentimos con sus quebrantos. Y ¿quién no siente, quién no llora, quién no padece al ver que se intenta en nuestros días renovar las escenas que presenció atónita Jerusalén, y que despues recuerda el mundo con asombro y profundísimo dolor?

Pero en medio de tantos desastres, de tantos infortunios y de esta atmósfera densa y pesada que asfixia al mundo de hoy, se levanta la incomparable, excelsa é inmortal figura del gran Pontífice Pio IX, dominando la crudeza de los tiempos, pisando la serpiente infernal

que rampa á sus piés, haciendo frente á sus multiplicados y persistentes enemigos, y dando ejemplo al mundo de voluntad inquebrantable y de su poder bajado del cielo, contra el cual no son bastantes á prevalecer todos los poderes adunados de la tierra.

A este Pontífice máximo, excelso y divino es á quien cantamos y cuyas glorias celebramos en el trigésimo aniversario de su exaltacion á la silla de San Pedro. Celebrémoslas todos en el día 16 de este mes, elevando nuestras oraciones al cielo para que le colme de gracias y consuelos, y le conceda ver el triunfo de la Iglesia, con el cual triunfaremos los católicos y triunfará la sociedad actual del estado de abatimiento y de postracion moral y religiosa en que se halla sumida, y se despojará de las sombras de muerte que por do quiera la envuelven.

UNA DECLARACION INGÉNUA.

Extraña el periódico *El Graduador* que EL SEMANARIO CATÓLICO no se haya ocupado del nombramiento de Canónigo de esta Colegiata de nuestro apreciable amigo D. José Baeza, director que ha sido de nuestra modesta publicacion. No debe estrañarlo. El Sr. Baeza, sobre cuyas cualidades está perfectamente de acuerdo EL SEMANARIO con cuanto han dicho los demás periódicos de esta localidad, es nuestro compañero de redaccion actualmente y sigue siendo en concepto de muchos lectores del SEMANARIO el director del mismo. Cualquiera elogio, pues, tributado por nuestro periódico

al Sr. Baeza, hubiera sido para muchos obra del mismo elogiado, y conocemos demasiado el carácter de nuestro amigo para exponerle á una equivocacion semejante. Y qué sabe *El Graduador* si el silencio del SEMANARIO ha sido obra del mismo Sr. Baeza al abundar en las mismas ideas que acabamos de apuntar? Si el estado de la vista del Sr. Baeza le impide ocuparse del SEMANARIO en manera tan asidua como se venia ocupando desde el año setenta, no por eso ha perdido la consideracion y el aprecio que desde entonces le vienen teniendo sus colaboradores.

Es cuanto debemos decir al mencionado periódico para satisfaccion y tranquilidad suya.

LA UNIDAD RELIGIOSA.

ARTICULO XV.

La libertad de cultos contiene virtualmente la libertad del ateismo y de la impiedad: lo hemos demostrado ya; pero á mayor abundamiento se nos premitirá que deduzcamos esa misma proposicion de una luminosísima doctrina que trae Santo Tomás de Aquino tratando de la fé. Para esto necesitamos de especial atencion y benevolencia por parte de nuestros lectores.

En el libro III, capítulo CXVIII de su *Summa philosophica*, prueba el Santo Doctor que los hombres están obligados á creer rectamente la verdad revelada, y entre otras razones expone á este propó-

sito una teoria que ya fué apuntada por Aristóteles (IX Metaph.) en estos términos: *In simplicibus defectus cognitionis est solum in non attingendo totaliter.* Cuyo texto cita Santo Tomás en su *Summa theolog.* (2. 2. q. II, art. 2), para probar que los infieles no creen verdaderamente el objeto de la fé, Dios; mas en la *Summa philosophica* (lugar citado) expone claramente esta teoria, diciendo: que todo el que yerra sobre algo que pertenece á la esencia de alguna cosa, no la conoce propiamente, como si alguno pensando en el animal irracional juzgase que tal animal era el hombre; que en tal caso, quien así juzgase, no tendria conocimiento del hombre. Con todo eso, si la cosa conocida es compuesta, el que yerra sobre alguno de los principios esenciales que la componen, aunque no conozca la cosa absolutamente hablando, pero todavía la conoce de alguna manera (*secundum quid*), v. gr., si alguno juzga que el hombre es animal irracional, ese le conoce segun el género animal, si bien yerra sobre la diferencia específica del hombre. Pero en tratándose de cosas simples, no sucede otro tanto, sino ántes por el contrario, cualquier error acerca de ellas excluye totalmente el conocimiento de las mismas. Es así que Dios es absolutamente simple; luego el que yerra acerca de Dios, no conoce á Dios, así como el que cree que Dios es corpóreo, no le conoce de ningun modo, sino lo que hace es aprender alguna otra cosa en lugar de Dios.

Sentada esta profundísima doctrina, sigamos discurriendo con el doctor angélico.

Dos cosas pueden considerarse en el

objeto de nuestra fé, una de las cuales es el objeto material de la misma, y así pónese como acto de fé creer las verdades tocantes á Dios; y otra-la razon formal del mismo objeto, que es como el medio por razon del cual asentimos á lo que debe creerse; y en este sentido se pone el acto de creer á Dios, *credere Deo*, porque el objeto formal de la fé es la verdad primera, á la cual debe de adherirse el entendimiento para asentir en razon de ella á las cosas creidas (2. 2. q. II, art. 2). En otro lugar (Q. I, artículo 1) explica el santo esta distincion con el ejemplo de la geometria, en la cual son objeto material de la ciencia las conclusiones, pero la razon formal de esta ciencia son los medios de la demostracion, por virtud de los cuales son las conclusiones conocidas. Así pues, tratándose de la fé, el objeto formal en razon del cual asentimos á las verdades tocantes á Dios, es la verdad primera, porque la misma fé de que hablamos no asiente á cosa alguna sino porque ha sido revelada por Dios. Así que la fé estriba como en su medio de la verdad divina, esta verdad simple que siempre existe segun la expresion de S. Dionisio, *fides est circa simplicem, et semper existentem veritatem* (cap. VII, de div. Nom).

A la luz de esta doctrina se entenderá muy bien la profunda verdad que hemos querido evidenciar. En pueblos á donde no haya llegado la *buena nueva*, la revelacion divina y sobrenatural de Jesucristo propuesta al mundo por la Iglesia, los infieles, aunque léjos, muy léjos de Dios, pues no conocen sus enseñanzas divinas, ni están adheridos á la verdad primera como á medio en que se funda el asen-

timiento de la fé, pero al ménos no la contradicen, no se sublevan contra ella, no se niegan á oir á la Iglesia, ni desprecian su magisterio; su infidelidad es puramente negativa, es simple ignorancia por la cual no serán ciertamente juzgados. Pero los que, oida la palabra de Dios, y más en medio de un mundo ilustrado, ennoblecido y vivificado por el Catolicismo, donde todas las cosas buenas llevan la señal de la cruz, y todas las malas conspiran contra Cristo, si desgraciadamente no asienten á las verdades divinas, tales como las propone y enseña la Iglesia, esos resisten la autoridad de Dios que las revela; y porque la resistencia de la mente á la verdad primera (lo mismo que á cualquiera otra verdad) consiste en rehusarle su asentimiento, en negarla; siguiése que no se puede negar ni total ni parcialmente las verdades católicas, todas ellas fundadas en la autoridad infalible de Dios, sin negar implícitamente esta divina autoridad, sin blasfemar implícitamente de Dios rehusándole el atributo de la veracidad infinita.

Recuérdese ahora la doctrina que expusimos ántes, segun la cual los que yerran acerca de alguna cosa simple, no la conocen absolutamente; y los que yerran acerca de Dios, que es *maxime simplex*, no conocen á Dios, ni siquiera con un conocimiento imperfecto ó *secundum quid*, toda vez que teniendo de Dios una falsa *opinion*, lo que opinan de Dios no es Dios; y se comprenderá la conclusion que saca Santo Tomás, que el hombre infiel ni siquiera tiene conocimiento propiamente dicho de Dios, *nec veram Dei cognitionem habet*. Si ahora añadimos

que, absolutamente hablando, la infidelidad de los herejes es pésima, *infidelitas haereticorum est pessima*, tendremos que su pecado es una especie de ateísmo é impiedad, cuya malicia excede los términos de la humana comprensión. Según esto, el que *opina* que Jesucristo no es verdadero Dios, ó que no está verdaderamente en la Sagrada Hostia, ó que la Iglesia, de la cual ha dicho Dios que estará con ella hasta el fin de los siglos, y que contra ella no prevalecerán las puertas del infierno, se puede engañar; y en general los que dentro de sí conciben ó fuera de sí emiten opiniones religiosas contrarias á la regla infalible de la fé, cuyo fundamento es Dios, verdad primera; todos esos niegan á Dios, porque le niegan su veracidad infinita, sin la cual no sería Dios, como negaría al hombre el que le negase la razón, y como «negaría á Pedro el que le negase la facultad de reir. (1).»

¿Conque según esto el ateísmo está en el fondo de las opiniones religiosas? cierto, como está el veneno en la vibora, el gusano en la corrupción, el orgullo en la rebelión, la concupiscencia en la carne, el remordimiento en el corazón del malvado, y la indiferencia religiosa y la licencia en la libertad de cultos. Luego es evidente que la libertad concedida á los herejes, y en general á las infidelidades, apostasías y *opiniones religiosas* de que está lleno el mundo moderno, es la libertad del ateísmo y de la impiedad. Es así que la sociedad, lo mismo que las familias, perecen sin remedio siempre

(1) Ejemplo tomado del Cardenal Cayetano en su comentario á la *Summa Th.*

que aspiran este veneno, principio disolvente de las costumbres, de las instituciones y de las leyes; luego la libertad de cultos es el mayor atentado que la sociedad puede cometer contra sí misma, porque no hay mayor atentado entre los que uno puede cometer contra sí, que el suicidio, hijo, ó de infausta demencia, ó de la más atroz perversidad.

Los hechos confirman plenamente esta deducción: el ateísmo, contenido en las *opiniones religiosas*, no puede permanecer mucho tiempo oculto bajo el velo de esta ó aquella verdad, cuya creencia positiva conservan las sectas anticatólicas; al fin sale á luz, empezándose entonces á oír, en las naciones donde penetra la herejía, aquel rumor de impiedad de que hablaba Fenelon en el gran siglo de Francia, rumor que despues se convierte en el ruido infernal de la incredulidad filosófica, que acaba por desarraigar de los entendimientos hasta los últimos restos de la fé antigua. Francia, Inglaterra, Alemania y otras naciones asoladas por el protestantismo, son testigos de lo que decimos: rotos allí los vínculos de la adhesión intelectual á la verdad primera, es decir, á Dios, autor de la revelación, nada fué capaz de retener á los hombres separados de la Iglesia en este ó aquel dogma de los que conservó la reforma; todos fueron negados con cínica osadía, y la impiedad se hizo moda. De entonces acá esos pueblos, y en general todos aquellos en donde penetró el ateísmo bajo la forma y al amparo de la libertad de conciencia y de cultos, y aun de la simple tolerancia de las *opiniones religiosas*, se conmovieron en sus cimien-

tos, y la revolucion paseó triunfante su bandera por toda Europa, traduciendo en horribles catástrofes las ideas contenidas en tales opiniones.

Sucede en el orden de las verdades especulativas lo mismo que en el de las verdades prácticas del derecho y de la moral. Esta tiene asimismo su principio formal, que no es otro sino la razon de la sumision de la voluntad humana á la divina; el ser la moral, como es, ley impuesta por el Criador á la criatura en virtud del supremo dominio y señorío que tiene Dios, legislador supremo, sobre todas las cosas que han salido de sus manos. Ahora, desde el punto que el hombre rompe este vinculo (y lo rompe desgraciadamente cuando presta oido á las sectas heréticas y racionalistas), la moral perece sin remedio. Podrán quedar todavía en las costumbres acciones buenas, rasgos generosos y nobles, cierta moralidad material; pero el alma y la vida de la honestidad, lo que al bien lo hace obligatorio y bello, es decir, la conformidad de nuestras obras con la voluntad divina, queda herido de muerte. Despues, aquellas reliquias desaparecen tambien, y el vicio, desnudo de todo pudor, saca su horrible cabeza en las sociedades descreidas, las cuales empiezan negando á Dios, y acaban por ser desamparadas del mismo Dios en el camino que las conduce derechamente al estado salvaje, término lógico é históricamente infalible de la libertad de conciencia y de cultos.

Desengañense los hombres políticos: entre la unidad católica, fundamento y vida de las naciones, y el ateismo antisocial, no hay medio. Si realmente creen,

como ya creia el filósofo romano, con ser gentil, que quitada la Religion desaparecen la honestidad y la justicia de la sociedad, en vez de otorgar á las opiniones religiosas la libertad que piden, vean de atajarlas oportunamente porque no minen y destruyan los fundamentos del edificio social.

EL CATOLICISMO Y LA FAMILIA.

Cuando por todas partes se repiten las más extrañas teorías, y se resucitan envejecidos y desechados errores,—que no parece sino que en este siglo se han dado cita los de todos los tiempos, cual si fuesen conspiradores que burlaran la vigilancia de las autoridades—no es ocioso recordar algunos principios saludables, fundamentos sólidos del orden social, con gran empeño combatidos.

Nunca como ahora se propala que es la familia tiranía opresora, y sus lazos y vínculos férreas cadenas que aherrojan y que es preciso romper; nunca como ahora es ocasion de enumerar las ventajas de la familia y la necesidad de su reorganizacion conforme con las máximas del catolicismo.

Es la familia estado por su organizacion, Iglesia en cuanto al fin mas elevado para que se constituye, amplia y completa sociedad que á todas comprende en germen, al modo que la diminuta semilla encierra toda una planta, tallo y raices, hojas y flores. Es en la familia donde el niño, con su alma pura como

la sonrisa de un ángel, aprende la primera idea de la religion y de sus deberes, al pronunciar el dulce nombre de madre y el santo nombre de Dios. Allí en la familia conoce un lenguaje complemento de su personalidad, por medio del cual trasmite las ideas, los pensamientos, pudiendo más adelante hallar su alma eco en otra alma que ría con él, si él se alegra, que le consuele si llora; lenguaje que, siendo distinto del que hablan otros hombres, le enseñará en la edad de la reflexion que hay dentro de la humanidad divisiones de razas y de pueblos, que no es posible borrar, y dentro de ellas especiales recuerdos, costumbres propias, intereses exclusivos, ideas afines, que separan pueblos y naciones, diferencias todas que constituyen la pátria, segunda madre, que cual la primera reclama nuestro cariño y nuestro amor; amor y cariño que nacen en el jóven al oír hablar al jefe de la familia de los hechos pasados, de las grandezas antiguas, de las acciones heroicas de los hijos amantes de esa pátria, la noticia de los cuales produce el deseo de imitarles.

La religion, la ciencia, el arte en la familia se ven representados en principio en el trabajo del padre, en el gobierno y administracion de la madre, en la educacion del hijo.

Bien han comprendido la importancia de la familia los reformadores de todos los tiempos; bien lo comprenden ahora, queriendo destruirla por completo, ó atacándola, combatiéndola en el más firme sostenimiento, en su más fuerte enlace, el sentimiento religioso. Lógicos son en extremo al hacerlo así, porque ¿quién es

tan menguado de inteligencia, que queriendo destruir alguna cosa se fija en las consecuencias para acabar con ellas, dejando al mismo tiempo en pié la causa que las produce? Los que aspiran á la destruccion de la sociedad, los que á grito herido piden liquidacion social, colectivismo, y reputan como el más venturoso porvenir el caos, la confusion, la anarquia, el desórden, ¿cómo no han de propalar la necesidad de la destruccion de la familia que representa y significa todo lo opuesto á sus propósitos?

Aquellos otros cuya inteligencia, que la soberbia cegó, no les permite hallar soluciones á los graves problemas sociales, no obstante el anhelo con que las buscan; los que atendiendo tan solo á los goces materiales, por no perder estos pierden la fé; los que obran y viven cual si en la tierra estuviera su único fin y término, y cuando creen no conforman casi en nada sus obras con sus creencias; materialistas teóricos ó positivistas prácticos; unos y otros son enemigos de la familia; conscientes declarados los primeros, sin darse cuenta de ello los segundos.

Indiquemos ahora cuán necesario es el catolicismo á la institucion de que nos ocupamos.

Siendo la sociedad un conjunto de familias más bien que de individuos, siendo una gran familia, las condiciones de aquellas han de constituir la, porque el todo compuesto de partes recibe su esencia y ser de las partes que lo forman.

Si con familias pobres no se puede constituir un pueblo rico, tampoco con familias sin virtud y sin fé se podrá

formar una nacion grande y poderosa. La corrupcion doméstica es el signo evidente de desorganizacion social.

Pero la fuente de la virtud, y por lo mismo de la moralidad, es la religion; de aquí que faltando esta no pueden menos de ausentarse aquellas de la familia.

La sociedad anterior á Jesucristo ofrécenos la prueba más acabada de esta verdad. Desconsolador en extremo es el cuadro que nos presenta la familia antes de la *ley de Gracia*. Triste, tristisima la condicion de la mujer en esta edad, cuanto es digna en los paises donde el catolicismo impera.

Y ahora se estudie la organizacion de la familia en los pueblos que representan la infancia del mundo; India, Persia, Egipto, pueblos como el niño supersticiosos, desconfiados, adoradores del sol y de los demás astros, cual el infante que se fija en lo que resplandece y brilla, asustadizos, incomunicativos, recelosos; ahora sea en Grecia, imágen de la juventud, pueblo como el jóven atrevido hasta la temeridad, gustando de ejercicios corporales, de torneos, luchas y carreras, artístico y poético, que reúne en su olimpo divinizados vicios, virtudes, sentimientos de todo linaje, tales cuales concibelos su ardiente fantasía; ahora sea en Roma, destinada á llevar á cabo la unidad exterior por medio de la fuerza y la conquista, y la interna, por el desarrollo del derecho, pero avara en sumo grado, lanzándose cual águila sobre su presa, sobre las riquezas de las naciones conquistadas; en Roma como en Grecia, como en los pueblos primitivos, siempre vemos esta desconsoladora sin-

tesis, siempre la misma triste realidad: es el padre un tirano, la mujer la esclava, el hijo una victima.

Solteras sin amor ni modestia, esposas sin ternura ni fidelidad, madres sin entrañas, es el juicio que á un historiador (1) merece el resultado de la legislacion espartana en cuanto á la familia.

El *pueblo rey* da al padre tal poder sobre su hijo, y le hace dueño de su vida. Las matronas romanas repudian á sus maridos cuyo número, que no los años, les sirven para contar los dias de la existencia; que tener un solo cónyuge en tan depravada sociedad, es accion digna de ser esculpida en mármoles y bronces, para admiracion de propios y pasmo de extraños.

No solo las inteligencias vulgares pensaban así; antes bien, al conducirse tan desordenadamente la generalidad de los individuos, no hacian mas que practicar las consecuencias de los errores filosóficos, y aparte de las escuelas materialistas, aún las mas elevadas inteligencias caian en lamentables extravíos, aún el mismo Platon que alcanzó el sobrenombre de divino en la *República* y en las *Leyes*, trazó el mas repugnante cuadro. Matrimonios anuales, infanticidios para obtener quiméricamente una raza vigorosa y contener el exceso de poblacion, arrancar á los hijos del hogar, destruir la familia, tal fué el bello ideal de este filósofo.

Y para que no quede duda de que la falsedad de las ideas filosóficas y la extremada corrupcion de costumbres eran

(1) Mr. Sudre.

las generadoras de tan funestos resultados, la historia nos presenta el ejemplo de un pueblo que contrasta con sus contemporáneos; pueblo que contempla á la primera mujer, Eva, no en la figura de la proscripta, errante, fugitiva perseguida por la cólera celeste; ni de Pandora trasladada por Mercurio desde la region de Vulcano á la tierra, para derroamar sobre esta una lluvia de males, figuras con las cuales la representaba confusamente la gentilidad; sino que, teniendo clara idea del mundo y de su origen, veia á la madre del linaje humano feliz y venturosa en un jardin de dicha y bienandanza, caminando sobre alfombra de matizadas flores, entre corpulentas palmeras y sicómoros, y azucenas ménos puras que su alma, y rosas que tienen envidia del color de su rostro.

Reina y señora ejerce el dominio en lo criado; á su voz acuden presurosos á rendirle vasallaje asi el rugiente leon, la corpulenta girafa ó la muy cruel pantera, como el pintado jilguero, el manso corderillo ó la inocente paloma.

Es compañera no esclava de otro sér su igual en dignidad y alteza, y su enlace indisoluble ha sido bendecido por el Dios que les crió y al cual ambos adoran.

Las verdades religiosas de que era depositario el pueblo hebreo, son la causa de la mayor excelencia de sus costumbres y leyes sobre las de otros pueblos.

Cierto que hay tintes sombríos en semejante cuadro, pero obsérvese que los israelitas estuvieron en relacion con otros pueblos, que no pocas veces fueron sus corruptores; y obsérvese, además,

que hay en la historia una página de dolor grabada profundamente en el corazón humano.

En el Eden, cuna de la humanidad, cual ciprés entre arbustos descollaba sobre toda otra planta un árbol funesto, cuyo fruto suspendido de verdes hermosas ramas, encerraba el germen de muerte de todo el linaje humano, á la manera de los vistosos árboles que en el centro de la India convidan con sombra grata á descanso al fatigado viajero que, en vez de reposo, halla bajo el ramaje segura y pronta muerte.

Y á este punto convergen miradas de todos los países, y para tal acaecimiento tienen palabras de dolor los libros primitivos de todas las razas; que el dogma de la primera culpa se encuentra en todas las teogonías.

Sobre la mujer pesaba una justa sentencia, que habia de ser levantada en parte al advenimiento de otra mujer que halló gracia ante el Señor; y el recuerdo de la felicidad perdida, del castigo divino de que fué ocasion la mujer, inspiraba al hombre menosprecio hácia ella. Testimonios ofrecen las legislaciones china, india, egipcia, etc., como al mismo recuerdo deben atribuirse las invectivas de poetas griegos y de filósofos contra la mujer, á la cual llama Esquilo azote de la familia, Hesiodo presente de la cólera celeste, y Euripides desea ver desterrada de la sociedad.

De aqui tambien que la mujer en la antigüedad sea flor criada para el hombre, flor que se cultiva mientras se aspira su perfume, pero una vez marchita, se arroja y se olvida para ir á buscar otra que atraiga con su fragancia.

Cuando más entenebrecidas se hallaban las inteligencias, apareció la verdadera *Luz*, que mostró al mundo el camino y la vida, dió dignidad á la mujer, enalteció á la esposa, santificó el matrimonio. La familia que predicó Jesucristo es la misma que en contra del espíritu de soberbia del siglo xvi proclamó la iglesia en Trento; la misma que enfrente de los errores modernos acerca del matrimonio y la familia ha proclamado en el *Syllabus* el inmortal Pio IX; la misma también que Dios bendijo en el principio del mundo. Una, santa, perpétua, indisoluble es la familia del Paraiso. Uno, santo, perpétuo, indisoluble es el matrimonio católico; solo la religion puede otorgarle tales condiciones; que la voluntad de los hombres es mudable de suyo, pero no varia la voluntad de Dios.

Las inteligencias paganas abandonadas á sí propias, adoraron al sol, á las criaturas, á los animales y cayeron en los mayores extravios, y los mismos filósofos que llegaron á merecer los nombres de justos y divinos, ni glorificaron á Dios como debian, ni ajustaron sus acciones á las reglas de moralidad que predicaban, manchando su nombre ilustre con los más vergonzosos vicios.

No podia suceder de otra manera en países, cuyas ideas religiosas eran un panteísmo más ó ménos exagerado, ó un materialismo, donde no habia vicio sin trono, ni pasión sin altar.

La corrupcion y la impiedad influyen una en otra; quien se entrega á las pasiones, procura borrar cuanto le muestre su deformidad moral y pone empeño en arrancar de su mente la idea de Dios;

quien movido de orgullo ó por otra causa se aparta de Dios, cae en la corrupcion y en la maldad. Esta es la historia de los crímenes y de las impiedades. Detrás de los absurdos en la esfera de la inteligencia los grandes escándalos de Grecia y Roma; detrás de las herejias en todos los tiempos, las guerras, los robos, los asesinatos; consecuencia de las predicaciones de Lutero, los desórdenes de los Anabaptistas, secuaces de Cárlo Stadt, de Stork, de Münzer; en pos de Voltaire y de Rousseau, la revolucion francesa; en nuestros dias, los horrores de la *Commune*; y no es decir que fueron los desórdenes hijos de las predicaciones erróneas porque vinieran aquellos en pos de estas, no; es que en las ideas de los reformistas, en sus escritos, en sus discursos, se inspiraron los autores de las revoluciones mencionadas.

Y siendo esto así, como indudablemente es, ¿será de extrañar lo que en nuestros dias hemos visto y estamos presenciando en orden á todo género de malas ideas, de grandes errores en cuanto á la familia? por ventura, ¿reconocen distinta causa que en la antigüedad? Tienen allí su origen, como hemos dicho, en las falsas ideas religiosas, que en el Asia central son el panteísmo, en el Asia Occidental el dualismo, y en los demás pueblos la casualidad, el *Fatum*, al cual obedecen dioses con pasiones humanas, dioses que van aumentando y siendo cada vez más viciosos, á medida que avanza en el hombre la corrupcion; y por fin, como consecuencia, el escepticismo y el indiferentismo en las ideas, el mas grosero materialismo en práctica.

Y ahora ¿no se esparcen absurdos

materialistas é idealistas que conducen al panteísmo, y son tenidos por racionales absurdos sistemas filosóficos, en términos de ser reputados sus secuaces como eminentes pensadores? Y ¿no dan por resultado estos sistemas negar la personalidad humana, los premios y castigos en la otra vida, el desconocimiento del bien y del mal, confundiéndonos?

Pues todos los crímenes, todas las deshonestidades, todos los absurdos y todos los males que la imaginación pueda forjarse, son las últimas consecuencias de errores como los de Fichte, de Schelling, de Hegel, de Owen, de Fourier, de Saint Simon, de Proudhon, cuyas obras se encuentran en los escaparates de nuestras librerías, cuyas doctrinas se creen por lo menos respetables aún á los ojos de quienes las censuran.

Tenemos la verdad y buscamos el error, dejamos lo bueno conocidamente y anhelamos por el mal, y á seguida es el lamentarse de la depravacion de costumbres y de la falsedad de los hombres.

Vergüenza da considerar los resultados de tales doctrinas, vergüenza ver que parodias de gobierno proclamen la perfeccion del hombre en la semejanza á los brutos, como hizo la famosa Commune; pero más indigna que por personas que se llaman á sí propias sensatas se consideren merecedores de respeto los delirios que tales hechos engendran y justifican.

¡Qué sería de la sociedad si fueran erigidos como norma de conducta y conforme á ellos se viviera! ¡Qué, sin el catolicismo cuya bondad no pueden menos de

reconocer, á pesar suyo, sus mismos enemigos!

Pero no nos forjemos ilusiones. Se quiere reorganizar la familia, reformar la sociedad, encauzar las ideas; pues todos pueden tomar parte en esta obra de salvacion. La familia es la raiz de la sociedad, raiz á la cual alcanzan los esfuerzos de todos; empiece, pues, la reforma por la familia, y al par que se indique cuál es el remedio, confórmese la vida con los principios, con las máximas del catolicismo, no olvidando al tiempo de procurar la propagacion de las buenas doctrinas, que es el buen ejemplo la más provechosa de las enseñanzas.

El Marqués de Valle-Ameno.

CRÓNICA RELIGIOSA.

Escriben de Paris con fecha 8:

«El domingo, fiesta del Patrocinio de San José, fué obsequiado el Santo protector de la Iglesia universal con una solemnidad religiosa verdaderamente conmovedora.

Todas las sociedades obreras de Paris, reunidas bajo el título de «Union de las sociedades de trabajadores,» celebraron en la iglesia de Nuestra Señora, presididas por el Cardenal Arzobispo de Paris, una solemnisima funcion en honor del glorioso Carpintero.

Cada sociedad acudió al suntuoso templo con su estandarte propio, y tomó parte en un grande coro, entonado, con acompañamiento del órgano, por cuatro ó cinco mil voces que imploraban del

Santo Patriarca el perdón para sus hermanos extraviados, los pobres obreros que á aquella hora arrastraban por las mesas de las tabernas ó por sitios peores su dignidad de hijos del trabajo, y se veían privados de los consuelos inefables y los dulcísimos descansos de la Religión.

A las cinco de la tarde, hora designada para empezar la función, asistían á una solemnidad análoga todas las sociedades de obreros de Francia en sus respectivas localidades.

La celebrada en la catedral de París ofrecía un espectáculo por todo extremo consolador, tanto por la inmensa multitud que inundaba el espacioso templo, como por la unción y fervor de aquellas masas cristianas.

Cuando al terminar la función religiosa, y ántes de desfilarse todas las sociedades, se postró la concurrencia de rodillas para recibir la bendición del Cardenal, abriéronse de par en par todas las puertas del templo, y como precisamente miran á Poniente, entró, como una bendición del cielo, un inmenso rayo de sol, que bañando en un mar de luz toda la nave central, iba á morir en el mismo altar mayor, á los piés del príncipe de la Iglesia, que invocaba la protección del cielo sobre aquellos hijos del trabajo.

El espectáculo imponente de aquellos millares de soldados de la milicia de San José, sorprendidos en medio de su recogimiento por la luz del cielo, como si esta quisiera hacer resaltar sus humildes actitudes, era, sin disputa, uno de los cuadros más hermosos que podrán verse en el mundo.

Mañana reúne á todas esas sociedades el conde de Mun, que quiere dirigir las la palabra y tratar de sus adelantos y de sus proyectos para lo porvenir.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, por la mañana, misa y los oficios de costumbre á las ocho y media. En Santa María, función en honor de San José, en que predicará D. Joaquin García, cura de la misma, por la mañana, á las ocho y media: por la tarde concluye la novena al mismo Santo Patriarca, predicando don Casiano Quilez, canónigo magistral; estará manifiesto el Smo. Sacramento, terminando con el trisagio, Letanía y bendición.

Martes.—En las Agustinas, á las ocho, misa de renovación: por la tarde, á las cuatro, trisagio.

Jueves.—*Smo. Corpus Christi.*—En la Colegial, á las ocho y media, misa de renovación: á las diez, misa solemne con sermón que predicará el canónigo don Juan de Zarandona; por la tarde, á las seis, procesión general. Todos los días de la octava estará manifiesto el Santísimo Sacramento desde las ocho y media de la mañana hasta las seis de la tarde.

En las demás Iglesias, todos los días de la octava, á la hora de costumbre, misa con el Señor manifiesto.—En Santa María á las cuatro y media de la tarde, novena al Smo. Sacramento, que principiará el miércoles.